

Campana de restauración y construcción de molinos de viento

por CARLOS MARIA SAN MARTIN

Pese a que los molinos de viento son los que simbolizan a la Mancha, en la imagen literaria, por la intrépida y llena de sinrazón aventura



de Don Quijote, pocos son los que superviven en nuestros días. Los más conocidos y famosos son los de Campo de Criptana, con nombres de regusto clásico —«El Infante», «El Sardinero», «El Burleta»...— porque los molinos de la Mancha tienen nombre propio. De los treinta o cuarenta que se describen en la obra cervantina, pocos quedan. Casi todos, fueron rindiendo sus aspas, más que a los elementos de la naturaleza, a la incuria y al abandono, y, los que no murieron, quedaron para siempre mutilados, con sus muñones rotos y las cuencas de sus ojos vacías.

A partir del año 1953, se inicia la tarea de restauración y reconstrucción de los molinos de viento, que son los que, en nuestro paisaje,

ponen el contrapunto de una característica regional definida. Así, sobre el cerro que, en Puerto Lápice, separa Ciudad Real de Toledo, se abrieron, como brazos amigos que dan la bienvenida a los caminantes de la ruta quijotesca, las aspas del que recibió el nombre de «Bachiller Sansón Carrasco». En Herencia, se ha levantado el que se llama «Maritornes». Y, en Argamasilla de Alba, el «Cura Maese Pero Pérez».

En Campo de Criptana, junto a los que hemos citado más arriba, se inauguró el Molino-Museo, dedicado a José Antonio Primo de Rivera, que se llama «El Salobre». Y, en breve, uno nuevo alzará sus aspas al viento, gracias al mecenazgo de la embajada de Chile en España, como testimonio de que los pueblos hispanoamericanos siguen las rutas del ideal quijotesco, que en definitiva no es más que ideal auténticamente hispánico.

Un pintor manchego, Gregorio Prieto, fundó la Sociedad de Amigos de los Molinos y a él, en su ciudad natal, Valdepeñas, se le dedicó y regaló el que, hasta ahora, es el mayor de España. En la carretera general de Andalucía, a la entrada de la población, se alza este Molino-Museo, que cuenta con amplias estancias en las que, en exposición permanente, figuran obras del célebre artista, hijo predilecto de Valdepeñas, así como objetos típicos de la artesanía manchega, distribuidos en las tres plantas o pisos de que consta. En él, Gregorio Prieto ha recogido lo más representativo del arte de su tierra: cerámica, muebles, vidrios, cobres, etc., y muchos cuadros suyos, entre ellos, uno de la Virgen de Consolación, patrona de la ciudad, y un retrato de Juana la Galana, heroína manchega de la Guerra de la Independencia. Este molino fué construído siguiendo las directrices de un molinero de Consuegra (Toledo), perito en la materia. Por ello, tiene todas las piezas esenciales, con excepción del árbol central, por necesidades de adaptación de las estancias interiores.

Otros molinos han estado a punto de «nacer» en estos últimos años en el mismo Valdepeñas, Alcázar de San Juan y Almodóvar del Campo, pero, a última hora, los proyectos no se llevaron a la realidad, por falta de mecenazgo. Y es que también es precisa la inversión de dinero no rentable, en el estricto sentido financiero de la palabra, porque, al fin y al cabo, un molino es un monumento con renta para la Historia.

Confiamos en que el movimiento de restauración de los molinos de viento no se quede solamente en los seis que hemos mencionado: «Bachiller Sansón Carrasco», «Maritornes», «Cura Maese Pero Pérez», «El Salobre», el de Gregorio Prieto y el de Chile. Porque éstos, unidos

a los que aún se conservaban, apenas suman una docena de los que están en buenas condiciones en toda la provincia. Y si Cervantes hablaba de treinta o cuarenta en una pequeña área de terreno, nos imaginamos que pasarían de los dos centenares, entonces, sumados todos los de las diversas zonas de Ciudad Real. Por parte del Instituto de Estudios Manchegos, no ha de quedar. Pero hacen falta medios materiales para llevar a feliz término la realización de los diversos proyectos.